
LA FUERZA DEL ESPÍRITU

Raúl Sampedro¹

Se ha dicho que: “no hay países grandes ni países chicos. Hay pueblos débiles y pueblos con grandeza. La Fuerza Espiritual de cada uno, hace la diferencia”.

“Nada tenemos que esperar sino de nosotros mismos”.

General Artigas.²

Esta idea, inserta en una comunicación dirigida por el Gral. Artigas a Martín Güemes desde Purificación, el 5 de febrero de 1816, ya había sido expresada en una nota al Gobernador de Corrientes de fecha 14 de noviembre de 1811.³

Refleja la evolución que se va produciendo en su espíritu ante las permanentes “intrigas” (como él las denomina y que nosotros llamaríamos, directamente, traiciones) de la dirigencia porteña.

Han ocurrido ya el armisticio de octubre de 1811, el enfrentamiento con Sarratea y los sucesivos Directores. Está por materializarse la invasión portuguesa, promovida por Buenos Aires.

En la oración inaugural del Congreso de Abril expresa: “...*Las circunstancias tristes a que nos vimos reducidos por el expulso Sarratea, después de sus violaciones en el Ayuí, eran un reproche tristísimo a nuestra confianza desmedida...*”⁴

Y en sendas comunicaciones a la Junta Gubernativa del Paraguay, del 21 de setiembre de 1812 y del 7 de diciembre de 1811 respectivamente, se había hecho el mismo reproche: “... *los orientales... nunca pudieron figurarse hallar su desgracia en el seno mismo de sus hermanos...*”⁵. Ni que “... *una mano protectora a la que se entregaban confiados, había de ser la que les condujese de nuevo a doblegar la cerviz bajo el cetro de la tiranía*”⁶.

¹ Oficial General de la Fuerza Aérea Uruguaya dónde culminó su carrera profesional como Comandante en Jefe, pasando a situación de retiro en 1995. Completó su formación académica en la Facultad de Derecho de la Universidad de la República, obteniendo el título de Escribano Público en 1970. Ha ejercido la docencia en los institutos de Formación Profesional de las FF.AA. como Profesor de Sociología, de Historia de las Ideas y de Estrategia Nacional. Dictó conferencias de su especialidad en la Facultad de Derecho, en el Instituto de Estudios de Servicio Exterior, en el C.AL.E.N. y en el Poder Legislativo de la R.O.U. Actualmente integra la Junta Consultiva Estratégica del C.AL.E.N. sampedro@adinet.com.uy
Fecha de presentación del artículo: julio de 2010.

² Archivo Artigas. Tomo vigésimo noveno, pág. 314; en www.artigas.org.uy/bibliotecas/ba/index.php?pag=7 .

³ Archivo Artigas. Tomo Sexto, pág. 31; en www.artigas.org.uy/bibliotecas/ba/index.php?pag=6 .

⁴ Archivo Artigas. Tomo Undécimo, pág. 74; en www.artigas.org.uy/bibliotecas/ba/index.php?pag=6 .

⁵ Archivo Artigas. Tomo Noveno, pág. 54; en www.artigas.org.uy/bibliotecas/ba/index.php?pag=6 .

⁶ Archivo Artigas. Tomo Sexto, pág. 79; en www.artigas.org.uy/bibliotecas/ba/index.php?pag=6 .

Y faltaba la traición final, la invasión portuguesa promovida en 1816, primero por Balcarce y luego por Pueyrredón y gestionada por Manuel García. El mismo que, en 1826, después de las victorias de Ituzaingó y Juncal, firma una convención entregando la Banda Oriental al Imperio del Brasil. Hubo constancia en los enemigos del pueblo oriental.

No pretendemos hacer una narración con el rigor de un historiador, cosa que no somos. Sólo queremos recordar que este pueblo sufrió la traición de quienes se decían, ya entonces, hermanos. Y ello le significó no sólo miseria y dolor durante el Éxodo, sino también sufrir el dominio extranjero y perder su libertad.

Y así aprendió que sólo en él se encontraba la raíz de su libertad y su felicidad. Y esa sublime convicción, aprendida del magisterio del Héroe y de la experiencia vivida, explican la aventura heroica de los 33 orientales, desafiando al Imperio. Rincón, Sarandí y Misiones son victorias regadas únicamente con sangre oriental. Y en Ituzaingó, son las cargas empecinadas de Lavalleja, junto con los esfuerzos de Oribe, Garzón y otros orientales los que forjaron la victoria.

Y solos, siguieron los orientales, construyendo, día a día, su felicidad, siempre basada en su libertad.

Y esa visión de soledad en la construcción de su destino no es expresión de un orgullo excluyente, sino de fe en ese “nosotros”, ese pueblo oriental que estaba en el centro de los “afanes y desvelos” del prócer.

Esa conciencia colectiva se formó, en el dolor y las miserias de las luchas por la libertad y la independencia. Y así nació la nacionalidad oriental.

Identidad que no es expresión de un malsano sentimiento de superioridad sino de sentirse diferente y desear fervorosamente continuar siendo diferentes, porque en ello está nuestra felicidad.

Y es su continuidad histórica, “... *la persistencia de la nacionalidad oriental, su consolidación y sus progresos, en medio de desastres capaces de aniquilar un organismo que no estuviera destinado a prevalecer y perdurar con gloria en el mundo*”, como expresaba Rodó,⁷ lo que nos hace a los orientales sentir que tenemos un pasado que nos llena de orgullo, un presente que nos desafía y un futuro que nos pertenece.

Se intuye fácilmente, que ese sentimiento de identidad surja y se afirme, como voluntad de existir, en un grupo humano que es agredido como tal, no a cada uno de sus integrantes. La identidad tiene entonces un doble reconocimiento. Me siento diferente y me ven diferente.

En la prueba diaria, en el desafío por la supervivencia, el grupo fortalece su conciencia colectiva.

La identidad construye una visión de su futuro, un proyecto de vida, individual y colectiva.

Y es esa visión la que impulsa y conduce al grupo, que a esta altura se ha convertido en Nación.

⁷ RODÓ, José E. “Obras Completas”, pág. 1184; Ed. Aguilar. Madrid, 1967.

¿Pero qué ocurre en la paz, cuando la amenaza exterior no nos incita a unirnos y a defender nuestra existencia, como entidad política diferente en el concierto de las demás naciones?

Coinciden varios autores, que hoy día, esa identidad se ve amenazada y debilitada por la existencia de una serie de fenómenos contemporáneos.

En primer lugar, el concepto de Nación y la actitud de los pueblos que lo defienden con firmeza –nacionalismos– luego de las experiencias que culminaron en la Segunda Guerra Mundial así como por la existencia de ideologías que profesaban el internacionalismo, sufrieron una fuerte presión, tendientes a su descrédito. En segundo lugar se generaron, con mucha fuerza, corrientes de opinión pública, propiciando la creación, ya sea en el campo político, militar o económico, de entidades multinacionales. La Integración era la palabra de orden en el campo internacional. Surgieron así esa infinita serie de siglas que identifican todos estos procesos multilaterales: NN.UU., O.E.A., MER.CO.SUR., U.NA.SUR., etc., etc., etc.

Todos ellos suponen, necesariamente, cierta confusión y debilitamiento en el sistema de lealtades de los pueblos involucrados.

En tercer lugar, la economía global, con la universalización del comercio y de los flujos financieros.

Por último, pero quizás el más importante para el tema que estamos considerando, el adelanto científico-tecnológico de las comunicaciones.

A través de los diversos sistemas de comunicación todos somos ciudadanos de una misma través universal, y vivimos en tiempo real los acontecimientos que ocurren en cualquier parte del planeta.

Todos estos fenómenos van generando una especie de supranacionalidad, donde las fronteras nacionales se van desdibujando.

Surge una cultura global, basada en un sistema de valores también global, en desmedro de los propios de cada sociedad nacional.

Lo curioso de todo este proceso es que, simultáneamente, se ha generado una actitud de rechazo a esta universalización, buscando reafirmar las diferencias. Han surgido así grupos humanos, dentro de naciones constituidas y a veces por encima de sus fronteras, que reclaman una identidad propia, basada en la historia, en la religión, en un grupo étnico, distinto al mayoritario o en una localización geográfica. El reclamo del reconocimiento, mayoritariamente expresado en forma violenta, de esa identidad supone, la mayoría de las veces, afectar los intereses de otros grupos y está en la raíz de la mayoría de los conflictos de finales del siglo XX y principios del siglo XXI. Hoy las guerras difícilmente sean entre Estados. Son las minorías las que luchan, independientemente de éstos, sin aceptar límites en sus métodos de lucha.

La fortaleza del espíritu de una Nación, repetimos, se basa en la profunda convicción de todos y cada uno de sus integrantes, en considerar que la vida en su seno, es la forma superior de lograr su felicidad.

Por eso quiere vivir en ella y está dispuesto a realizar los sacrificios que sean necesarios para hacerlo. Voluntad de existir y resistir ante cualquier amenaza a su libre existencia.

Esta convicción, este sentimiento, –es ambas cosas, porque está en la mente pero también vive en el corazón– se generó en la experiencia histórica que dio nacimiento a la Nación.

Hoy, requiere de un esfuerzo permanente, no sólo para mantenerlo sino también fortalecerlo.

Ese esfuerzo debe apoyarse en tres pilares fundamentales: la familia, la escuela y la sociedad.

Ellos son los espacios en los cuales los hombres, sucesiva y simultáneamente, desarrollarán su vida, recibiendo los valores y el conocimiento que les darán el impulso vital para el logro de sus objetivos, individuales y colectivos.

Es en el entorno familiar donde, desde el momento de su nacimiento, va a recibir, conciente o inconcientemente, las nociones básicas sobre el bien y el mal, sus obligaciones y derechos, sus responsabilidades, consigo mismo, y con los demás individuos.

Es en la familia donde se le habla por primera vez sobre los sentimientos de respeto, solidaridad y caridad con los otros. Y así aprenderá que los “otros”, por encima de todas las diferencias que circunstancialmente puedan existir, son esencialmente iguales a “nosotros”. Y esta es la primera lección que recibirá, sin saberlo, sobre qué es la democracia.

Estos conceptos deben ser incorporados de manera de integrar firmemente la personalidad individual. Si no es así, si se pierde este momento, difícilmente se recupere más adelante.

Después se podrá desarrollar, fortalecer estas ideas, estos valores, estos sentimientos. Pero para ello ya deben estar incorporados –es decir comprendidos y aceptados– en el espíritu de cada hombre.

Es en la escuela, y bajo esta denominación incluimos todo el sistema formal de educación, donde todos los valores aprendidos en la familia, serán afirmados por medio de su fundamentación lógica.

Lo más importante de esta etapa es la concientización de su pertenencia a un grupo, que excede en mucho los límites estrechos de la familia y su entorno. De su sociabilidad, como carácter esencial y definidor de su condición humana.

Conoce así la historia de ese grupo, que de ahora en adelante será “su” historia, y la visión que éste tiene de su futuro, que le permite comprender sus responsabilidades en el presente.

En definitiva, ha adquirido y aceptado su identidad. Y el orgullo que de ella se deriva.

Y la familia sigue jugando un papel fundamental, porque es en la interacción familia-escuela donde el conocimiento, en el plano intelectual y ético, se va desarrollando y fortaleciendo.

Finalmente, es en su vida en “su” sociedad, donde deberá encontrar las condiciones que le permitan desarrollarse como persona, contribuyendo al esfuerzo colectivo por la conquista del futuro.

El marco institucional de la sociedad, en lo político, en lo económico y en lo social, es donde se deben dar esas condiciones para el total desarrollo personal y colectivo.

Únicamente un sistema democrático pleno, en los tres órdenes, puede asegurar esa totalidad del hombre y la sociedad.

Resulta evidente que cuando ello se logra, el espíritu nacional se encuentra potenciado al máximo, como un resorte pronto para proyectarse ante cualquier amenaza a la existencia, a la supervivencia del grupo, que es su objetivo primero y absoluto.

Y no cualquier subsistencia. Es la existencia en libertad, con plena soberanía. La libertad es condición esencial de existencia.

Por las razones que hemos expuesto consideramos que debe ser preocupación fundamental, no sólo de la dirigencia política del país, sino de la sociedad toda, individual y colectivamente, el cuidado y fortalecimiento permanente de la familia, la escuela y la naturaleza democrática de la sociedad.

Sólo así el espíritu nacional tendrá la fortaleza necesaria y suficiente para enfrentar cualquier desafío, de la naturaleza e intensidad que fuere, que ponga en peligro la existencia libre y soberana de la Nación.

Y podrá así responder, como lo ha hecho siempre a lo largo de toda su historia, al llamado de Artigas: “... *A la empresa compatriotas que el triunfo es nuestro: vencer o morir sea nuestra cifra; y tiemblen, tiemblen esos tiranos de haber excitado nuestro enojo, sin advertir que los americanos del sur, están dispuestos a defender su patria y a morir antes con honor, que vivir con ignominia en afrentoso cautiverio*”⁸.

“Libertad o muerte”, como un eco responden Lavalleja y sus Treinta y Tres.

Y con esa fe recibida -vivir en libertad o no vivir- hemos pasado los orientales por la Historia.

Ojalá que siempre sea así. Si no, que la Historia nos lo demande.-

BIBLIOGRAFÍA

ARCHIVO ARTIGAS; Tomos Cuarto, Sexto, Noveno, Undécimo y vigésimo noveno. En “*La Biblioteca Artiguista*”, en <http://www.artigas.org.uy/index.html> visitada en junio de 2010.

BAUD, Jacques. “*La guerre asymétrique*”. Ed. Du Rocher. France, 2003.

CASTELLS, Manuel y SERRA, Narcis. Eds. “*Guerra y paz en el siglo XXI*”. Ed. Tusquets. Barcelona, 2003.

FERNÁNDEZ, Miguel. Coronel en situación de retiro. “*El principio de soberanía*”. Revista El Soldado. Centro Militar, 2009.

KALDOR, Mary. “*Las nuevas guerras*”. Ed. Tusquets. Barcelona, 2001.

RODÓ, José E. “*Obras completas*”. Ed. Aguilar. Madrid, 1967.

SCHNAPPER, Dominique y otros. “*Identité et mémoire*”. Ed. Dumas-Titoulet. France, 2007.



⁸ Archivo Artigas. Tomo Cuarto, pág. 300; en www.artigas.org.uy/bibliotecas/ba/index.php?pag=6.